

El grito común que viene naciendo¹

12 puntos para pensar, retrospectivamente y prospectivamente, el 15M.

“En el principio es el grito”

John Holloway

Nota preliminar: el 15M ha sido un fenómeno demasiado heterogéneo, tanto en lo ideológico como en lo geográfico, como para pretender envolverlo en una narrativa particular sin empobrecerlo y falsificarlo. En lo que el 15M ha terminado cuajando en una ciudad o un barrio dista mucho de su configuración en otra ciudad u otro barrio. En este tema resulta, por tanto, especialmente necesario explicitar el lugar específico desde donde uno piensa. Y aunque este texto aspira a analizar el 15M como (incipiente) proceso histórico de conjunto, no dejará de estar filtrado por una experiencia particular, la de los barrios obreros y ciudades dormitorio de la zona sur de Madrid. Más concretamente Móstoles, que el sitio donde habito y desde donde he vivido en primera persona la aventura política del 15M, que puede diferir notablemente de otras experiencias en otros lugares.

1

Decían Debord, Vaneigem y Kotànyi que la Comuna de París había sido “la mayor fiesta del siglo XIX”². Salvando distancias, el 15 de Mayo de 2011 dio comienzo en Madrid otra fiesta, la *fiesta sorpresa de las potencialidades emancipatorias* de toda una época. También, por supuesto, de sus confusiones y contradicciones, pero en un juicio eso tiene que pasar a un segundo plano. Porque independientemente de cualquier otra consideración estratégica, histórica o política, la revuelta de Mayo en Madrid ha sido valiosa en sí misma como celebración colectiva de libertad y realización práctica de la poesía en la vida cotidiana. La abolición del dinero, la economía del don, la fraternidad redescubierta, y de pronto la familia era cualquiera porque cualquiera prestaba ayuda, la cordura transitoria, la palabra liberada volando tan lejos de las seguridades ideológicas, la sensación de participar en un despertar de las latencias de lo todavía no consciente, como diría Bloch, y algunas de las noches más hermosas de nuestras vidas. En palabras del Grupo Surrealista de Madrid: “así como un pez descubre lo que es el agua al sacarlo del mar, nosotros descubrimos la verdadera vida en aquella plaza”.

2

En Mayo del 2011 la Puerta del Sol fue una cuenca de confluencias de idas y personas, y un punto de fusión del descontento popular dividido en dos grandes continentes sociológicos. Por un lado el 15M sería inexplicable sin el trabajo previo, y desde hacía varias décadas, de viejo topo del que hablaba Marx. Esto es, la labor de los diversos movimientos sociales de Madrid, que volcaron en Sol sus energías y experiencias, ideas y procedimientos, de gran importancia cualitativa pero, hasta entonces, de escaso radio de efecto, pues salvo coyunturas puntuales y siempre defensivas³, su labor había sido arrinconada en los guetos militantes. Este era un campo muy diverso y nada homogéneo, donde cohabitaban posturas de difícil reconciliación dentro del más amplio espectro de las izquierdas: desde los socialdemócratas menos arriesgados al anarquismo más insobornable. Por otro lado, es indudable que el 15M desbordó la actividad militar tradicional gracias a que logró convocar y

¹ Artículo publicado en el libro *Madrid, materia de debate*, CDU, 2013, vol 3 *Espacio o mercancía*.

² Internacional Situacionista, 2001:644.

³ Las últimas dos grandes explosiones de la ira popular que desbordaron el cauce estrecho de la legalidad permitida fueron reacción a acontecimientos de gran impacto simbólico, como la guerra de Irak y la manipulación gubernamental de la matanza de Atocha el 11M. La diferencia fundamental entre estos episodios y el 15M fue que lo que generó el clima subversivo que ya era palpable la tarde del 15 de Mayo fue la cotidianidad de la crisis capitalista.

movilizar a una amplísima masa de personas indignadas ante el deterioro de la situación social, provocado por una crisis socio-económica en fase de cronificación, que llevaba ya casi cuatro años triturando las vidas de millones. Estos tuvieron en Mayo del 2011 su bautismo de fuego en la pasión de intentar hacer historia y su primer contacto con la lucha social.

Una de las singularidades del 15M es que logró mezclar la experiencia impotente y la potencia inexperta en una suerte de temperamento de *desobediencia ante lo intolerable*. Es necesario recordar que el desencadenante concreto de la acampada inicial reprimida la noche del 16 de Mayo, que daría pie a la posterior ocupación masiva de la plaza, fue la exigencia de libertad para las 24 personas detenidas por diversos altercados al finalizar la manifestación del día anterior, en la que manifestantes más pacíficos y más rabiosos ya habían mostrado signos de una hermosa capacidad de entendimiento. Desde su gesto fundacional el 15M nació como un espíritu rebelde ante las leyes, los discursos y el castrante sentido común impuesto desde el poder. Aunque después este ánimo insurgente no siempre estuvo a la altura de lo que cabría esperar de él.

3

La revuelta de Mayo en Madrid puede ser interpretada también en clave de esas mitologías urbanas colectivas, conscientes o inconscientes, que los surrealistas o los situacionistas se dedicaban a explorar sistemáticamente con sus paseos y derivas. La revuelta floreció echando raíces en un plaza cuyas capas más profundas estaban abonadas por el humus mítico del motín de Esquilache, el enfrentamiento contra las tropas napoleónicas, la algarabía popular de la proclamación de la segunda república. Si la rebeldía en Madrid tuviera que tener un vórtice, este sería Sol. Y aunque tras tres tristes décadas de entumecimiento democrático-constitucional con su vergonzante paz social el volcán parecía extinto, diversos indicios apuntaban, ya unos años antes del 2011, que simplemente se encontraba dormido. La más importante de estas pistas, la subversión cotidiana que venía haciéndose en Sol de su uso *urbanísticamente programado*.

Al menos desde que Walter Benjamin denunció la haussbanización de París, sabemos que el urbanismo es incomprendible sin su dimensión de técnica policial de condicionamiento de conductas al servicio del poder (tanto el poder consciente de las élites y sus planes como, sobre todo, de la dominación impersonal impuesta por estructuras profundas de civilización, como la lógica mercantil o la técnica industrial). La última remodelación de la plaza había peatonalizado gran parte de su superficie. Pero la función de esta peatonalización no era la de generar un espacio de convivencia, pues en Sol no había ni un banco, ni una sombra, ni siquiera una terraza en la que tomar algo. Simplemente un gran hall, un intercambiador para facilitar la circulación de consumidores entre algunas de las calles comerciales más importantes de la ciudad. Y sin embargo, contra todo pronóstico urbanístico, Sol se fue convirtiendo en un punto de encuentro. En esta plaza rediseñada para ser hostil a la pausa la gente se paraba y se sentaba a charlar, aunque fuera en el suelo o los pies de las fuentes, prefigurando las grandes asambleas y las derivas lingüísticas de la palabra liberada en nuestro particular mes de Mayo madrileño. Como afirma De Certeau al hablar de las tácticas por las que la gente común se apropiá y desvías las estructuras del poder, “*los usuarios trabajan artesanalmente -con la economía cultural dominante y dentro de ella- las innumerables e infinitesimales metamorfosis de su autoridad de acuerdo a sus intereses o reglas propias*”⁴.

⁴ De Certeau, La invención de lo cotidiano, 1986.

4

Desde el principio la toma de la Puerta del Sol combinó antiguos procedimientos de lucha con otros innovadores. Entre los más antiguos la asamblea, de pronto tan natural y tan obvia, convertida no sólo en un instrumento político, sino en un espacio de generación de un nuevo modelo de convivencialidad. En Madrid se volvió a repetir una verdad histórica que es recurrente cualquier momento emancipativo, desde los soviets rusos a las asambleas en los pueblos del campo aragones: una sociedad libre descubre en la práctica que su fundamento civilizatorio no puede ser otro que la comunicación libre y sin trabas. Las asambleas que nacieron al calor del 15M, aunque moderadas en muchos de sus contenidos, fueron tremadamente radicales en sus métodos de raigambre libertaria, como la búsqueda del consenso como consecuencia de una profunda problematización, aún a nivel inconsciente, del ejercicio del poder separado.

En cuanto a las innovaciones, la acampada ha sido quizá uno de los inventos más importantes, que demostró su tremenda versatilidad al ser exportada a otros muchos lugares del mundo: un desafío al poder a través de la reappropriación popular y liberación de un espacio público sometido tiránicamente a lógica de la mercancía y la tiranía publicidad. Esta reappropriación era subversiva en un doble sentido, tanto en un plano simbólico como práctico. Porque al empoderamiento, y el sano envalentonamiento, que suponía la okupación de la plaza se unía la conversión de esta en una suerte de laboratorio de emancipación donde experimentar con la capacidad de encuentro reconquistada. Así la acampada fue el marco que dejó jugar y bailar a una efervescencia de nuevos enlaces químicos entre ideas, personas, lugares e incluso generaciones de militantes que antes, en el aislamiento general, estaban condenados a no hacer interactuar sus propiedades emergentes.

Respecto a las redes sociales y el uso constante de internet, aunque tuvo un poderoso efecto de convocatoria, y sirvió también de escudo contra la represión policial, introdujo en el movimiento una serie de dinámicas peligrosas que todavía no han sido superadas y que pueden resumirse como la tendencia a la espectacularización de la lucha social. En nuestra sociedad, saturada de un flujo de imágenes desprendido de la realidad, lo mediático no es neutral. Siempre juega al servicio del poder, porque genera una disposición socio-subjetiva esencialmente pasiva, donde unos actores hacen y otros observan. La transformación social no es una gran performance, sino una labor cotidiana que no requiere de actores-espectadores, sino de cómplices: gente capaz de comprometerse, con pasión, en un esfuerzo de largo aliento. Es imprescindible que el movimiento 15M realice una crítica seria a sus tics más histriónicos y a su obsesión por generar portadas de periódicos, sucesos mediáticos, información al minuto. Pues desviando la famosa canción del poeta negro Gil Scott-Heron, la revolución no será ni televisada, pero tampoco twitteada.

5

El 15M fue el inicio de un grito común que ha abierto, o al menos intensificado, un ciclo de lucha que, dado que nos encontramos en los prolegómenos de una crisis socio-ecológica de gran profundidad, será necesariamente largo e importante. Desde el primer día este grito común fue capaz incluso de un eslogan compartido por todos: el famoso *no nos representan*, versión ibérica del “que se vayan todos” argentino.

Pero más allá de un sentimiento de fuerte indignación, un deseo indefinido de cambio social y un rechazo del modelo político vigente, el impulso de cambio puesto en juego en Mayo del 2011 era demasiado inmaduro para ser más que un grito. Y sus tonos de voz eran muy distintos como para configurar una canción armónica. En el propio “no nos representan” se acababan los lugares

comunes, porque mientras algunos sectores pretendían acabar con la representatividad como fenómeno político para inaugurar formas de organización de la vida colectiva basadas en la democracia directa, otros se contentaban con resetear la representatividad institucional para dar paso a un panorama electoral donde cupieran nuevos actores políticos. Un segundo eje de polémica fue el que enfrentó a los partidarios de centrar las metas de la revuelta en los cambios político-formales (la reforma de la Ley Electoral) con los partidarios de exigir, como objetivos realistas, la derogación de algunas de esas reformas socialmente regresivas que ya comenzaban a sucederse, y de manera vertiginosa, viernes tras viernes en ese ajuste estructural de la economía española en el que todavía estamos inmersos. Por ejemplo la reforma laboral y el pensionazo decretados por el gobierno de PSOE en 2010.

Estos son sólo dos ejemplos de un amplio abanico de discrepancias, que englobaban desde diferencias sobre los procedimientos a perspectivas enfrentadas sobre el diagnóstico del momento histórico. Era imposible, por tanto, que el acontecimiento de la toma de Sol pudiera generar ya no sólo una estrategia común, sino tampoco nada parecido a una tabla de reivindicaciones compartidas. El 15M fue una explosión social que abrió nuevas condiciones, tanto políticas como míticas y emocionales, para la acción emancipatoria. También inauguró nuevos espacios de confluencia. Desde el principio, Sol tuvo algo de caldero donde cocinar síntesis políticas: muchos reformistas se mostraban disgustados por el carácter aventurista y maximalista de lo que se discutía en las asambleas, mientras que los revolucionarios más furiosos se asquean por la evidente moderación de todo el proceso. Ambos tenían su parte de razón porque lo que en Sol estaba germinando era un espíritu de emancipación cualitativamente nuevo, inclasificable desde los parámetros y los esquemas de las viejas ideologías.

6

Uno de los puntos de debate más problemáticos y recurrentes del 15M ha sido la cuestión de la violencia. El 15M ha sido una revuelta pacífica, basada en los principios de la desobediencia civil, y que se marcó además como objetivo inicial un gran acto de desobediencia civil: el mantenimiento de las acampadas, declaradas ilegales por la Junta Electoral, durante la jornada de reflexión previa a las elecciones municipales del 23 de Mayo. La opción pacífica ha demostrado un cierto valor táctico en el contexto en el que surgió, pues dio a las acampadas la vida y la duración necesaria para servir de matrices desde las que armar otras alternativas. Aunque siempre nos quedará la duda de saber qué hubiera pasado si la riada popular no se hubiera topado con ciertos diques ideológicos. Es evidente que cuando Sánchez Lozada en Bolivia o Fernando de la Rúa en Argentina huyeron en helicóptero de sus palacios presidenciales, ninguna comisión de respeto ayudó a calmar los ánimos.

Pero más allá de ello muchos han pretendido entender y defender el 15M como un movimiento no sólo pacífico, sino también pacifista, lo que fue señalado con acierto por mucho compañeros como un grave error teórico y práctico. El pacifismo implica una infantilización del problema de la violencia en particular, y de la cuestión del poder político en general, que siempre conspira en contra de los cambios sociales efectivos. Es evidente que cualquier persona con aspiraciones emancipatorias lucha por un mundo en el que la violencia no ejerza ningún papel como herramienta de coacción social. Pero encrocarse en integrismos pacifistas imposibilita cuestionar la violencia más importante de todas las violencias existentes, la violencia cotidiana del capitalismo y del Estado, interiorizada y normalizada hasta el punto de que la más mínima resistencia efectiva, y no alegórica, es interpretada como el mayor de los pecados. Como ya sabía Bertolt Brech “se le puede clavar a alguien un puñal en la barriga, quitarle el pan, no curarlo de una enfermedad, recluirlo en un tugurio, hacerlo trabajar hasta que reviente, empujarlo al suicidio, llevarlo a la guerra etc. Sólo unas pocas de estas formas de

matar están prohibidas”. En un mundo en el que romper la luna de un banco es terrorismo, pero la ejecución de un procedimiento de desahucio o la inmersión de una familia en la pobreza extrema son las consecuencias de hacer cumplir el imperio de la ley, el pacifismo es una toma de partido a favor de quienes se lucran con la catástrofe en marcha.

Y es que ante la violencia estructural del poder, cualquier tipo de fuerza que un manifestante pueda emplear, normalmente ejercida contra objetos y casi siempre simbólica, no será mucho más que una forma diminuta de legítima defensa y un acto de comunicación desesperado. Incluso en el caso de que la violencia popular tomara un cariz mucho más agresivo, conviene recordar las siguientes palabras de Lewis Mumford: “destrozar escaparates, incendiar edificios y romper cabezas son medios para conseguir que mensajes de gran importancia humana pueden hacerse oír por la mayoría apática, y retomar de este modo, aunque sea de la forma más cruda posible, la comunicación bilateral y el intercambio mutuo”⁵.

A su vez, el pacifismo conduce a las posiciones históricas más ingenuas y peligrosas, que confunden el deber ser con el ser. Así el Estado es concebido, desde estas coordenadas, como una especie de ágora de debate y no como lo que realmente es: una institución armada al servicio de intereses hegemónicos que vienen dados históricamente, en la que cualquier mínima modificación de la estructura de dominación tiene que ser ganada a través de un duro conflicto. Pensar de un modo pacifista como a veces ha sido recurrente en el seno del 15M es sencillamente un disparate. Y más en un Estado como el español, cuyo orden constitucional ha sido impuesto por los vencedores de una guerra civil tras dejarlo todo bien atado y bien atado con un genocidio. Muchos de las expresiones más vergonzosas y ridículas del 15M, como las llamadas a la inclusividad más extrema, en las incluso se animaba a la misma policía que estaba pegando a los manifestantes a fundirse con en ella en un abrazo confraterno, o los diversos chiringuitos espirituales que pretendían hacer su agosto místico en las acampadas, tuvieron en esta metafísica pacifista su caldo de cultivo.

El boicot a las tomas de poder municipal que se produjo a mediados de Junio de 2011 fue uno de los puntos álgidos de la revuelta, y también el primer momento de fractura del movimiento a raíz, precisamente, de la cuestión de la violencia, debate que se exacerbó tras los incidentes alrededor del Parlament catalán. Cuando el boomerang de la injusticia social se dio la vuelta, la indignación se tornó acción directa y un grupo de ciudadanos se decidió a detener, o por lo menos abochornar, a los parlamentarios que iban a tomar posesión de sus cargos para continuar apretando las tuercas del Estado al servicio del capital, saltaron todas las alarmas. La falta de consistencia revolucionaria del 15M quedó de manifiesto cuando muchas asambleas cedieron al chantaje moral impuesto desde los medios de comunicación capitalistas, desmarcándose de lo acontecido en Barcelona y dejando a compañeros valientes en el desamparo. Que este es un problema no superado se demostró cuando el mismo guion se repitió con el uso de los escraches.

Y es que una de las claves de la dominación es como nos obliga incluso a pensar en su propio terreno. Mientras no rompamos con la idea de que el poder tiene el derecho de jugar sólo a este juego, y que por tanto puede producir drama y sufrimiento social según sus intereses sin exponerse a la más mínima consecuencia ni peligro, movimientos como el 15M nunca podrán dejar de ser mucho más que, parafraseando a Javier Hidalgo, una pataleta de ahorcado.

⁵ Lewis Mumford, El Pentágono del Poder, 2011: 296-297.

Tras la reseca del bloqueo al Parlament, y el verano caliente de la visita del Papa en Madrid, el movimiento pasó su punto álgido de intensidad sin lograr cuajar una fuerza de ruptura con el orden socio-político existente. La *Spanish Revolution*, a diferencia de las primaveras árabes de la otra orilla del Mediterráneo, fue una revolución non nata, si nos atrevemos todavía a usar para el 15M la palabra revolución el sentido clásico del término. Pero esto no implicó su derrota, sólo un cauce de evolución distinto al predominante en cierto imaginarios emancipadores. A partir del otoño de 2011 el movimiento tuvo que enfrentarse al reto de construirse más allá de un periodo liminal, de su vivencia de pleamar, que tenía que ser o bien concluyente o bien transitoria. Lo que quizás no fue algo demasiado traumático, ya que en la propia naturaleza del movimiento, tal y como este se había ido descubriendo a sí mismo los meses previos, no estaba tanto el echar un pulso definitivo al poder sino lanzarse a una carrera de fondo en pos de transformar la sociedad. Este fue el horizonte lógico, consciente o inconsciente, que explica la descentralización del 15M en una fecha tan temprana como el 28 de Mayo. A partir de entonces la Puerta del Sol, más allá de su importante valor simbólico y de su capacidad para concentrar los focos mediáticos, condición aprovechada por algunos para intentar convertirla en la cabeza rectora de un movimiento que no podía tener cabeza, era ya una plaza más. Alcorcón, Carabanchel, Tetuan, Móstoles, Hortaleza, pero también en miles de pueblos en el resto del territorio nacional. El 15M se configuró como una enorme hidra, y en cada barrio y en cada pueblo se inauguró un núcleo de agitación capaz de catalizar las energías de transformación social de cada realidad local como sólo los más viejos del lugar podían recordar (algunos en la efervescencia prontamente castrada de la Transición; otros, más mayores, afirmaban que se parecía un poco a cierto entusiasmo rebelde que fue frecuente al menos en la mitad del país en verano de 1936).

Desconcentrar la tensión de un foco común sólo tiene sentido cuando a lo que se aspira es a un modelo de transformación gradual, en el que los grandes cambios no son necesariamente políticos, sino también económicos y culturales. Este es, no al derrumbe teatral de la escenografía del régimen, sino al desmontaje de las bases sociales y culturales que lo hacen posible. Así el 15M se replegó a una dimensión mucho menos visible, menos proclive al videoclip y la narrativa cinematográfica tan propia de nuestro tiempo, pero quizás más acorde a las fuerzas disponibles, y que no estaba exenta de una cierta sabiduría histórica: sin un cambio social y cultural que tiene que ser de largo aliento, tumbar un régimen político sólo puede servir para reconstruirlo dando algunos rodeos.

El primer legado del 15M es la misma fecha como hito simbólico, rito de paso entre el *tiempo de la impotencia y el tiempo de la esperanza*. Como afirma Carlos Taibo, lo que parecía imposible el día 14 de Mayo se volvió algo cotidiano el día 16. Por ejemplo, detener un desahucio, para una redada o disolver un control policial racista contra extranjeros. Esta ruptura del respeto hacia la autoridad de una ley que se entiende injusta, esta irreverencia y furia cotidiana, aunque por desgracia ha sido amansada en el plano de las conductas, es irreversible en el plano mental y en el de los deseos colectivos. Para una parte importante de la población de este país, el régimen es un sistema sin legitimidad. Y si se mantiene en pie es por la fuerza de la costumbre y la imposibilidad de construir todavía una alternativa viable. En otras palabras, el 15M ha escrito una cláusula en letra pequeña en el contrato social, que supone la sentencia de muerte a largo plazo del actual orden institucional, y que viene a decir algo así como *capitalistas y poderosos, atacaremos en cuanto bajéis la guardia*. El 15M como momento cero ha supuesto también la eclosión de un mito colectivo cuyo núcleo es un sentimiento de pertenencia a un sujeto histórico en formación. En Mayo del 2011 las pequeñas y miserables vidas cotidianas de miles rompieron sus celdas de aislamiento y descubrieron la

embriaguez de formar parte del despertar de un gigante. Creo que cualquier transformación social que seamos capaces de pelear en las próximas décadas tendrá que retrotraerse a este estallido de ilusión colectiva para explicar su propia historia.

Más allá del ritual de paso y el rearme simbólico de nuestras tentativas emancipadoras, el 15M ha ensayado su evolución en función de tres vías estratégicas que ya estaban dadas en su heterogeneidad inicial, tres vías que en según los casos concretos de las ciudades o los barrios se dan muchas veces entremezcladas entre sí o decantándose más por una u otra: la acción directa revolucionaria, el camino por dentro de las instituciones y la construcción de alternativas económicas y culturales poscapitalistas.

9

La acción directa revolucionaria, en pos de una ruptura socio-política que inaugure otro ciclo histórico diferente, ha sido ensayada en dos vías. Una es la búsqueda del gran acontecimiento, inspirado inconscientemente por el mito de la gran tarde revolucionaria y de forma más directa por las caídas de los gobiernos dictatoriales de África del Norte y neoliberales en Latinoamérica. La otra es el enfrentamiento directo contra la estructura de poder, pero materializada en casos concretos dados en la escala de la vida cotidiana de la gente, entre los que destaca la paralización de desahucios.

El gran acontecimiento ha sido tanteado con las distintas convocatorias de toma/rodea el Congreso, que se han saldado con una derrota táctica pero con una victoria simbólica. La derrota táctica era inevitable, ya que los grandes acontecimientos y las explosiones de ira popular, son, por definición, algo que no se puede ni programar ni convocar. El mismo 15 de Mayo de 2011 volvió a demostrar, por si algún vanguardista con vocación de general todavía no se había enterado, que los grandes contagios revolucionarios que marcan la diferencia entre una manifestación más y una revuelta histórica siempre tienen algo de magia inexplicable. Y es que el genio de la espontaneidad revolucionaria no acude frotando la lámpara de los disturbios. La victoria simbólica de los asaltos al Congreso ha sido poner sobre la mesa y sin ambigüedad un horizonte para el movimiento a corto-medio plazo: la destrucción del orden constitucional de 1978, impuesto como un cerrojo sobre el país por la dictadura franquista, y la apertura de un proceso constituyente, que unos entienden en un sentido más jurídico-político y otros en un sentido mucho más amplio, que incluye transformaciones económicas y sociales de gran calado.

La vía de la acción directa sobre aspectos cotidianos ha tenido en la PAH y el movimiento de paralización de desahucios uno de los frutos más bellos del movimiento 15M. Y es que en la paralización de los desahucios, además de ayudar a entretejer la solidaridad popular, además de servir de gimnasia revolucionaria como decían los anarcosindicalistas a principios de siglo XX, se ha conseguido lo más difícil para la acción transformadora: solucionando problemas concretos de gente concreta, atacar a una de las *líneas de flotación* de la estructura socio-económica imperante en España, que es el poder combinado de la banca y los grandes constructores amalgamados, a través de mil corruptelas, con los poderes propios de la partidocracia. Las casas son a una sociedad como la española lo que el acceso a la tierra podía ser en sociedad como la cubana o la nicaragüense. Un ámbito donde cualquier reforma seria se vuelve revolucionaria porque trastoca los cimientos del poder establecido.

Sólo cabe esperar que después del fracaso (anunciado) de la Iniciativa Legislativa Popular emprendida por la PAH, la acción directa en el plano de las cuestiones cotidianas madure hasta

conformar esa gesto que estaría verdaderamente a la altura de este tiempo: la okupación masiva de las viviendas vacías y en propiedad de los bancos rescatados con dinero público para su expropiación y socialización al servicio de las necesidades inmediatas de la gente. En este gesto la soberanía popular se rescataría a si misma frente al rescate bancario perpetrado por las instituciones de gobierno.

10

Desde el comienzo de la revuelta, casi todos los partidos políticos del régimen, auténticos zombies institucionales que sólo siguen vivos por las prórrogas que a veces dan los fenómenos de la inercia, intentaron sacar rédito político y regenerarse al calor de las fuerzas vivas de la sociedad. El deseo de infiltración de la política en el 15M, con vistas a utilizar el movimiento en un sentido electoral, fue una constante. Pero no sólo la infiltración, sino que también desde dentro del propio 15M la creación de una marca electoral, que diera un salto con el impulso de la revuelta, fue una tentación permanente entre aquellos que entendían que la vía institucional era la evolución natural de un movimiento de estas características. Esta propuesta no ha empezado a cuajar mínimamente hasta que el paso de los años ha ido agotando el ciclo de movilización, sembrando algunas dudas sobre las capacidades de las asambleas de barrio para desbordar el orden institucional, que se ha demostrado implacablemente inalterado. Y es que desde el principio la vía política-institucional se topó en el 15M con una muy sana desconfianza coyuntural hacia todo lo que oliera a partidos políticos. Pero también con una bien fundada, aunque todavía inconsciente y poco sistemática, sospecha estructural sobre el papel de la política tradicional en las transformaciones sociales.

La desconfianza coyuntural viene alimentada por el clima de fuerte desafección política que gobierna el movimiento, tras más de treinta años de democracia representativa donde ningún partido, y aquí no caben excepciones, ha hecho méritos reales a favor de la gente corriente frente a los grandes poderes y sus intereses. Este clima de firme desconfianza fue fundamental para que fracasaran las maniobras de cooptación del 15M por parte de estructuras políticas tradicionales. Si el 15M ha podido gestarse como un sujeto político realmente ajeno a las distintas constelaciones de intereses creados alrededor de los que participan, en mayor o menor medida, en la estructura de poder, fue gracias a su alergia institucional.

La sospecha estructural viene dada por una experiencia histórica que no es sólo nacional sino mundial: las constantes traiciones de la izquierda no pueden ser sólo traiciones, sino muestras de que la política institucional no controla casi ninguno de los resortes esenciales para efectuar un cambio de calado. Ni del poder de una sociedad, ni menos aún de los mecanismos profundos de su reproducción. Que los procesos de las izquierdas latinoamericanas, que muchos entienden como el ejemplo a seguir, no hayan podido ir en ningún sitio más allá de una socialdemocracia fuerte, se une a la debacle del socialismo real, que más poder político y más control del Estado no pudo tener, para configurar un imaginario emancipador donde empieza a ser claro que transformar el mundo tiene poco que ver con tomar el poder.

Sin embargo al sentimiento de agotamiento se le une un cierto fetichismo electoralista, que sigue siendo un mito vivo en buena parte del movimiento. Muchos no entienden la política como problema, sino el problema de la mala política. De ello se deriva que bajo el discurso del *con nosotros puede ser distinto*, o *haciéndolo de otra manera lograremos cambios*, o simplemente *tenemos que probar porque no nos queda otra alternativa* los proyectos de participación institucional desde el 15M hoy tengan un vigor impensable a principios del movimiento. En estos proyectos hay una enorme diversidad y es imposible agruparlos bajo un paraguas común. Incluyen

los prototipos más clásicos de partido, fórmulas políticas posmodernas de corte antropolítico misteriosamente financiadas desde el extranjero, la imitación de los modelos que se interpretan como ejemplos de relación movimiento social-institución, como el bolivariano, o mucho más cerca, el caso de las CUP o la relación de Bildu y la izquierda abertzale. También algunas asambleas locales han decidido inspirarse en ideas municipalistas libertarias y dotarse de herramientas electorales para participar en el ámbito de poder institucional municipal, pero dejando fuera de las instituciones, en la asamblea popular, el control de las acción política. Es indudable que en el 15M existe en algunos sectores una inquietud que busca como llevar, o al menos complementar, la política hecha desde las asambleas a nivel de calle con la política dada en los cauces de las instituciones.

Cualquiera con un poco de perspectiva histórica puede comprender que el mapa político electoral de este país va a dar un vuelvo más pronto que tarde a medida que los recambios se vean incapaces de superar la cronificación de la crisis socio-económica. En este escenario la irrupción de *partidos políticos outsiders*, como ya ha ocurrido en Grecia y en Italia, es una realidad fácil de profetizar. Tal y como están desarrollándose los acontecimientos dentro del movimiento, es indudable que el espíritu del 15M alimentará a alguna de estas formaciones.

Sobre la capacidad de usar la vía institucional para la transformación social, que ha sido históricamente una tesis sino completamente refutada si muy rebajada respecto a las ilusiones iniciales, muchos nos mantenemos *profundamente escépticos*. Pero a diferencia de la cultura política de las izquierdas transformadoras imperante antes del 15M, hoy los libertarios no vamos a entregarnos a peleas cainitas con nuestros compañeros que, de un modo honesto, apuesten por ensayar la vía de cambio desde dentro de las instituciones. Nos reservamos el derecho, por supuesto, de criticar todo lo criticable de estos procedimientos, pero también sabremos echar una mano cuando nos necesiten. Y buscaremos, sobre todo, un clima en el que se puedan dar *retroalimentaciones sanas* entre la gente que está luchando dentro y la gente que nos mantendremos luchando fuera de las instituciones.

11

Uno de los procesos más curiosos y menos comprendidos del 15M ha sido como una buena parte de sus energías se han canalizado hacia una vía de transformación social normalmente minusvalorada frente al conflicto político: la construcción de alternativas anticapitalistas o poscapitalistas en distintos niveles, desde la economía a la educación, en el aquí y el ahora y sin esperar a que un gran evento histórico dé el disparo de salida, por tanto y el permiso, para intentar transformar las relaciones sociales.

Cooperativas, autoempleo, economía social y solidaria, monedas sociales, bancos de tiempo: estos conceptos cada vez más en boga y con mayor nivel de incidencia práctica reflejan un cambio en la manera de entender las luchas sociales. Y es que ante una situación de crisis que, como afirma Antonio Turiel, no va a terminar jamás, empieza a ser evidente que la transformación no puede gravitar, como ha gravitado alrededor del siglo XX, en la defensa del puesto de trabajo. Frente al desastre del capitalismo y el recrudecimiento de la vida cotidiana, la idea de ocupar la producción se ha vuelto un proyecto muy extendido, y casi una urgencia. Y como además desde la caída de la URSS y el fracaso estrepitoso de la planificación central las ideas autogestionarias y de democracia económica son mayoritarias en los planteamientos económicos alternativas, este movimiento ha contado con el viento del imaginario anticapitalista a su favor.

Hoy decenas de miles de iniciativas, de forma autónoma y todavía sin conexión unas con otras, se han propuesto responder al repliegue simultáneo de un Estado en quiebra y un mercado, que por sus propias tendencias evolutivas, ha perdido el rostro humano⁶. Y lo ha hecho organizando fórmulas comunitarias y autogestionadas de responder a sus necesidades básicas. Monedas locales para el intercambio de servicios y de bienes producidos de forma comunitaria, como artesanías o comida cultivada en huertos okupados, ateneos barriales y locales polivalentes, bancos de tiempo, espacios de trueque que se multiplican por toda la geografía del país, grupos de consumo, proyectos autogestionarios en materia de educación y salud.

Esta evolución del 15M es una de las menos llamativas pero quizás, a la que es posible augurar un recorrido más largo. La crisis civilizatoria que enfrentan nuestras sociedades en el siglo XXI, con la combinación de debacle financiera y agotamiento de recursos básicos como los energéticos, inaugura un tiempo en el que la construcción de alternativas viables desde abajo y sobre todo desde lo concreto puede ser mucho más eficaz que la gran batalla ideológica en abstracto. Sin duda estos movimientos de construcción de alternativas se toparán, más tarde o más temprano, con la resistencia del poder, y tendrán que aprender a pelear. Pero será una pelea de defensa de hechos consumados, por tanto mucho más fructífera y fértil, de cara a la transformación que necesitamos, que la pelea por posiciones de poder. Quizás no sea exagerado afirmar que esta efervescencia autogestionaria anuncia la conformación de una estrategia central de emancipación, que será al siglo XXI lo que el sindicalismo fue al siglo XX.

12

No es ningún secreto que en muchos círculos del 15M hoy se respira un ambiente de derrota y de cierto pesimismo. Las asambleas populares han perdido fuerza, y lo que antes eran focos de agitación local con una incidencia objetiva indiscutible hoy han pasado a ser, en mucho casos, algo muy parecido a los antiguos colectivos anticapitalistas pre 15M. También estos dos años de experiencia han puesto en su sitio algunas ilusiones. Los que todavía confiaban en la calidad democrática de las instituciones del Estado han tenido que tragar con todo tipo de insultos y desprecios por parte del poder: desde una apropiación ilegitima y consiguiente desestimación de la ILP presentada por la PAH hasta toda una reforma constitucional realizada con veranidad y alevosía por parte de los dos grandes partidos, donde queda fijado en el libro sagrado que el interés de los acreedores del Estado es priorizado al interés de sus ciudadanos. Los más rupturistas han tenido que asumir la imposibilidad y las debilidades del 15M para desbordar el marco institucional establecido, ni aun marcando la fecha del gran asalto. Las manifestaciones, protestas y mareas de distintos colores se estrellan contra este trasatlántico en rumbo de colisión sin conseguir alterar su ruta. Los proyectos económicos cooperativos apenas son embriones, renacuajos teniendo que sobrevivir en un entorno tremadamente hostil con una enorme dosis de heroicidad.

En general el 15M sufre el bajón propio del agotamiento histórico de un modelo de movilización. Los límites de muchos procedimientos comienzan a ser claros, y la corriente refluye buscando extraer lecciones de su corta pero intensa experiencia. Por ejemplo, empieza a ser cuestionada la pertinencia de una agitación de calle tan continua, que en muchos casos ha tenido a los militantes en perpetua protesta callejera siguiendo una agenda de convocatorias imposible de asumir para alguien

⁶ No se puede olvidar que, aunque las conquistas sociales del keynesianismo fueron duramente peleadas, también eran medidas de racionalización de la economía capitalista, que al ampliar la base social del consumo daba salida a los ingentes volúmenes de producción no vendidos por el bloqueo de la pobreza de las masas. En el siglo XXI, con la creciente reducción de los mercados laborales impuesta por el propio desarrollo del proceso de valorización capitalista unido a los límites biofísicos del crecimiento, al capitalismo le sobra gente que ya no interesa ser integrada.

que además de la militancia aspire a tener una vida. Frenesí movilizador que también ha restado muchas fuerzas para los proyectos de signo más constructivo, que siguen siendo muy débiles. Otro punto de autocritica está siendo la confusión de la horizontalidad, escenario de gestión del poder en el que el movimiento no puede perder, con la informalidad, que ha bloqueado algunas tendencias naturales y muy necesarias hacia la estructuración y la organización, que son imprescindibles para que el 15M deje de ser un loco batiburrillo.

Otro aspecto crítico, que fomenta la confusión, es que el 15M todavía está lastrado por un diagnóstico del momento histórico esencialmente equivocado, que al conceptualizar la crisis sólo como una estafa, esto es como una construcción ficticia, y no como una disfunción estructural muy real (de la que evidentemente algunos se han aprovechado a su beneficio) se mantiene atado a una visión continuista del futuro social. Para la mayor parte de la gente que participa en el 15M el objetivo es volver a la situación de cotidianidad de la bonanza económica previa al 2007, basada en una sociedad de consumo pletórico. Los que conocemos la profundidad de la crisis socio-ecológica, el declive petrolero en el que estamos inmersos, el agotamiento de los materiales minerales o de los sumideros de nuestro metabolismo social, y el grado de enloquecimiento que ha adquirido la dinámica de valorización del capital, sabemos que el retorno a la situación previa al 2007 es imposible. La segunda década del siglo XXI será la de la gran clarificación del problema socio-ecológico y sus implicaciones. Y según esta clarificación avance o no, las transformaciones radicales que sacudirán nuestras sociedades, quizá en menos de una década, tomarán el camino del ecosocialismo o del ecofascismo. En este sentido es imprescindible comenzar a plantear que el retorno a la vida de antes del 2007 no sólo es materialmente imposible, sino fundamentalmente indeseable. Y no ya sólo desde la ética y la moral de redistribuir lo que hay entre toda la población del mundo. Sino también desde la posibilidad de construir eso que Lewis Mumford llamó una vida en plenitud, que es radicalmente incompatible con ese modelo antropológico del capitalismo, basado en desgastar los años en un trabajo insoportable para comprar cosas que nunca necesitaste y que ha convertido los trastornos psicológicos de las sociedades opulenta en una pandemia.

Salvando todas sus inconsistencias, y a pesar de que a finales del 2013 la desorientación sea el sentimiento más extendido entre sus militantes, el 15M ha venido para quedarse. Tenemos la certeza de que la época que nos ha tocado vivir nos va a obligar a pelear, ya nos está obligando a ello, y el 15M ha sido la primera fase de conformación de un sujeto histórico imprescindible, aunque este sea todavía incipiente, apenas un balbuceo. Lo más importante del 15M es su existencia en actos como necesidad histórica y lo que esto tiene de promesa. Ante el colapso social que se avecina, las fuerzas para construir una alternativa se han encontrado. El 15M es este sujeto colectivo ya *se ha descubierto a sí mismo en el grito común*. Grito que además ya ha comenzado a ser algo más que un grito, aprendiendo a sacar conclusiones tanto del legado histórico de la emancipación social como del éxito y el fracaso de sus primeros pasos.